

# CAPÍTULO I

## 1

La jornada se aproximaba veloz a su fin, y no había forma de que Anastasia Kámenskaya consiguiera poner en orden sus numerosos papeles, notas y estadísticas. Sin embargo, no quedaba más remedio que dejarlo todo listo porque ese viernes era el último día laboral antes de su permiso. Y, en general, era el último día de su vida de soltera. Al día siguiente, sábado trece de mayo, ella, Nastia Kámenskaya, se iba a casar.

Desde que, hacía tres meses, Alexéi Chistiakov y ella habían presentado su solicitud en el registro civil, las bromas por este motivo habían sido continuas. Todos sabían que Nastia iba a cumplir pronto treinta años, que Chistiakov y ella se conocían desde el noveno curso del colegio y todos esos años habían estado juntos, que Kámenskaya no quería casarse y no tenía ningún interés por la vida de familia. Por eso, su inesperada decisión suscitó en conocidos y colegas un sinfín de preguntas, a cual más insidiosa e inoportuna. Algunos observaban con recelo su delgada y enjuta figura en busca de indicios de un embarazo en ciernes, otros aseguraban que Chistiakov había recibido una invitación para trabajar en la Universidad de Stanford y, sencillamente, la perspectiva de un vida tranquila en el extranjero como esposa de un catedrático había movido a Anastasia a dar tan inesperado paso. Y otros, en fin, habiendo oído algo acerca de algunas situaciones complicadas en las que se había visto involucrada Nastia, construyeron su propia versión, según la cual simplemente había empezado a tener miedo de vivir sola.

Sin embargo, fueran cuales fueran sus interpretaciones, el comportamiento visible de todos los conocidos de Nastia era idéntico. Aunque se reían un poco de ella, no ocultaban su aprobación. Al fin y al cabo, ya iba siendo hora de madurar y volverse como todo el mundo.

Aquel día, doce de mayo, víspera de la boda, todos estaban desatados. No pasaban ni veinte minutos sin que alguien llamara o se acercara por el despacho de Nastia con la consabida bromita estúpida. Hasta el serio y nada sonriente Ígor Lesnikov, tras invitarla a comer y recibir una cortés negativa, le soltó una indirecta:

—Claro, hoy puedes pasar hambre. Desde mañana tendrás en casa un cocinero para ti sola.

Nastia no se ofendió, porque comprendía perfectamente lo que Ígor insinuaba. Ella era patológicamente perezosa para todo lo que no fuera el trabajo. Efectivamente, no sabía cocinar, no le gustaba ir de tiendas, y en casa procuraba alimentarse de tal manera que la cantidad de cacharros sucios fuera mínima. En cambio Liosha era el amo y señor no sólo en matemáticas, sino también en la cocina. Desde el momento en que los padres de Nastia cambiaron su piso grande por dos pequeños e hicieron establecerse por su cuenta a su hija mayor, Liosha se había encargado de cuidar la salud de su amiga, porque, si él no iba como mínimo una vez a la semana a prepararle comida, ella se alimentaba únicamente de bocadillos, acompañándolos de enormes dosis de café bien cargado.

Con gran asombro, se enteró de que la noticia de su inminente casamiento no sólo les había llegado a sus amigos. En realidad, no tenía nada de extraño que mucha gente se hubiera enterado, pero no creía que este hecho pudiera interesarle a nadie salvo a quienes la conocían hacía tiempo. Resultó que no tenía razón. Unos días antes había acudido a la fiscalía de Moscú a ver al juez de instrucción Olshanski y se había topado en su despacho con un individuo a quien ella misma había descubierto unos meses atrás y que ahora se encontraba sentado en la sala de instrucción.

—No he tenido suerte —dijo con una sonrisa forzada—. Si hubiera resistido hasta mayo, ya no me habría atrapado.

—¿Y eso por qué? —preguntó Nastia con interés—. ¿Dónde te habrías metido?

—Ésa no es la cuestión. Sencillamente, usted ya se habría casado —explicó aquel candidato a la pena capital.

—¿Y qué?

—Pues nada. Usted no habría llegado a atraparme. Sólo las solteras ponen todo su empeño en capturar la presa, porque suelen odiar a todos los hombres. En cambio, las mujeres casadas tienen la cabeza

ocupada en otra cosa, y ya no trabajan tanto, sino que se quedan sentadas, esperando a cobrar el sueldo. Así que, como ve, no he tenido suerte.

Al regresar a Petrovka, Nastia le contó este incidente a su jefe, el coronel Gordéyev.

—¡Vaya! —exclamó triunfal—. ¿Qué te decía yo?

—¿Y qué es lo que me decía usted? —preguntó desconcertada, sin comprender qué era lo que tanto había animado a Víktor Alexéyevich.

—Pues te decía que el arma más terrible de un agente secreto es su reputación. No el saber disparar, ni unos pies veloces, ni un cinturón negro de kárate, sino precisamente la reputación. Aquí tú eres una chica tranquila, nadie te ve ni te conoce, te sientas en tu despacho y redactas informes analíticos para mí. ¿No es así? Y, ya ves, nuestros criminales te examinan. Eso quiere decir que les resultas interesante. Eso quiere decir que para ellos eres peligrosa. Si ellos mismos lo reconocen, ésa es la valoración más fiable. Recuerda, Nastia: poco vale un agente secreto cuando el mundo del crimen no sabe nada de él. Porque, si no lo conoce, eso quiere decir que no le interesa. Y, si no se interesa por él, eso quiere decir que no lo teme. Quiere decir que el criminal ha pasado por las manos de ese agente y no ha reparado en él, no le recuerda. ¿Queda claro?

—Ya basta, Víktor Alexéyevich. —Nastia no tenía interés en seguir con el tema—. ¡Qué voy a ser yo un agente secreto! Es de risa. Yo soy analista, no agente secreto.

—Bueno pues ríete, ríete —concedió generoso el coronel—. Ya veremos si te ríes mucho tiempo.

Esto había ocurrido cuatro días antes, y entonces Nastia Kámenskaya ni siquiera había sospechado cuánta razón llevaba su superior. Y ahora, en vísperas de su boda, no podía imaginarse que, en un plazo de veinticuatro horas, se daría cuenta de que los criminales saben de ella algo más que su nombre y su apellido. Pero eso no iba a ocurrir hasta el día siguiente. En esos momentos ella se encontraba en su despacho de Petrovka, número 38, ordenando metódicamente los montones de papel apilados en la caja fuerte y en los cajones de su mesa.

A eso de las siete y media telefoneó su padrastró.

—Niña, ¿me acompañas al aeropuerto a buscar a tu madre?

Nastia vaciló. Llevaba varios meses sin ver a su madre, pero de todos modos iban a verse al día siguiente. Y todavía le quedaban tantas cosas por hacer...

—Comprendo —dijo secamente el padrastro—. Otra vez andas toda liada.

—Anda, papá —le dio largas ella con tono suplicante—. Antes de irme de permiso tengo que dejar solucionados todos los asuntos pendientes. Ya lo sabes.

—Ya lo sé —se ablandó Leonid Petróvich—. Gracias a Dios, has tenido sentido común y te has tomado un permiso. Está bien, iré solo.

—Gracias, papá —dijo Nastia con sentimiento—. Mañana nos vemos.

¡Dios, qué suerte había tenido en la vida! Su padrastro, a quien ella, desde que alcanzaba a recordar, llamaba «papá», siempre la comprendía con medias palabras, porque él mismo había trabajado muchos años en la policía judicial. Con el jefe, con quien Nastia llevaba ocho años, jamás había tenido problemas. Y en cuanto a Liosha, no sólo la quería, sino que además la conocía como un libro abierto; por eso, en todos los años que llevaban juntos jamás había dado un solo paso en falso. La verdad es que ella no había necesitado mucho tiempo para comprender que precisamente eso es lo más valioso en las relaciones humanas: nada de pasiones africanas y otras bobadas semejantes. En el preciso momento en que esa simple verdad le fue revelada, había aceptado casarse con Chistiakov. Pero no había manera de explicarlo. Superficialmente, a todo el mundo le daba la impresión de que había aceptado casarse con él sólo porque le había regalado un ordenador. Ni siquiera el compañero de trabajo con el que tenía más confianza, Yurka Korotkov, era capaz de comprenderla.

—Liosha ha ganado un buen dineral con su libro y me ha comprado un ordenador sin decirme nada —explicaba Nastia—. Y luego ha venido a buscarme a la parada de autobús y ha empezado a preguntarme si quería ir de vacaciones a algún lugar del Mediterráneo. ¿Tú lo entiendes? Ya tenía en casa el ordenador desembalado, y luego viene y me pregunta por la calle si no prefiero gastar el dinero en un viaje.

—¿Y si hubieras aceptado el viaje? —Korotkov no acababa de entenderlo—. Si hubieras preferido ir al mar, a pesar de que ya se había gastado el dinero. ¿Qué habría pasado entonces?

—Pues, precisamente, a ese respecto él estaba seguro de mi respuesta. —Nastia se fue acalorando—. Me conoce tan bien que sabía exactamente qué era lo que yo prefería. A pesar de que yo no le he mencionado ni una sola vez que necesito un ordenador para mi trabajo, ni le he dicho nunca que quiera viajar al Mediterráneo. Tú imagínate que tu mujer te pone todas las mañanas huevos revueltos de desayuno porque no tiene tiempo de preparar algo más consistente, y sabe que tú no te conformas con un simple té. Si pensamos en los comestibles que hay tradicionalmente en una casa, ella podría ofrecerte lo mismo salchichas que huevos revueltos, pero tú odias las salchichas, por eso cada mañana te pone unos huevos. Pero un buen día, de repente, cambia la situación, y el surtido de comestibles varía drásticamente. Se acabaron los huevos y, en cambio, hay yogures, ensalada de langostinos y de cangrejo, un postre de piña y plátano, ostras frescas y barbacoa. ¿Será ella capaz, sin hacerte ninguna pregunta, de elegir justo lo que te apetece desayunar? Ten en cuenta que antes ella jamás ha tenido que enfrentarse a ese dilema, porque de esas cosas ni se hablaba. Ninguno de los dos habíais probado nunca esos alimentos, ni habíais hablado de su sabor. ¿Podría acertar?

—Lo dudo mucho —reconoció Korotkov—. Ciertamente, ni yo mismo sabría elegir. De todo lo que has mencionado, yo sólo he probado el yogur.

—Pues a eso me refiero, ¿ves? Exactamente lo mismo sucede con Liosha. Él nunca ha tratado conmigo la cuestión de cómo me gustaría a mí gastar tres mil dólares. Nunca en la vida había tenido yo tanto dinero, ni él tampoco, así que no había nada de qué hablar. Pero, en cuanto apareció ese dinero, él fue capaz de determinar con absoluta precisión cómo quería gastarlo yo. Para eso no basta con conocer a la otra persona, sino que hay que entenderla a la perfección, casi como a uno mismo. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que nunca habrá nadie como Liosha en mi vida.

—¡Claro que no! —Korotkov sonrió escéptico—. Ningún hombre en su sano juicio podría soportar tu trabajo excesivo ni tu desmesurada pereza. Reconócelo, lo que tú buscabas, sencillamente, era el confort familiar, siempre y cuando te lo proporcionara otra persona. No me vengas ahora con sentimientos elevados. ¡Como si no te conociera!

—Lo que tú digas, Yurka —suspiró Nastia—. Siempre tienes que trivializarlo todo.

La historia del ordenador no había convencido a nadie, pero, más o menos, la cosa había sido así. El caso es que ese viernes, hacia las nueve de la noche, al cerrar la puerta de su despacho y despedirse mentalmente de él hasta dentro de casi un mes y medio, Anastasia Kámenskaya pensó que a lo mejor no cometía un error casándose.

De camino al metro recordó que le tenía que comprar un regalo a su hermanastro. Alexandr Kamenski, hijo del segundo matrimonio del padre de Nastia, también iba a casarse e iba a hacerlo igualmente al día siguiente. Era siete años más joven que ella y había dedicado su vida a la agitada actividad de los negocios, entre tristes y áridos balances de cuentas y grandes cantidades de dólares. Había estado feliz pero tediosamente casado, ajeno a las alegrías de la vida, hasta que conoció a una muchacha extraordinaria que le amaba de un modo ardiente, sincero y absolutamente desinteresado. Sasha necesitó bastante tiempo y esfuerzos para tener fe en dicha relación, pero después, en un abrir y cerrar de ojos, se transformó en una especie de mago, para quien el placer supremo consistía en hacer regalos y obrar prodigios. Al enterarse de que su hermana, que había desempeñado un papel fundamental en su relación con Dasha, se iba a casar el trece de mayo, invirtió todas sus facultades y dinero en conseguir el divorcio, y concertó su enlace con su nueva novia para la misma fecha. Por supuesto, habría querido que ambas bodas tuvieran lugar en el mismo registro civil, pero ninguno de sus contactos le pudo ayudar: los matrimonios se inscriben en un registro o en otro dependiendo exclusivamente del lugar de residencia del novio o de la novia. La única excepción era el Palacio de Bodas, donde podía registrarse cualquier enlace, pero a ese respecto Nastia se cerró en banda: nada de palacios, nada de pompa, todo debía ser rápido, tranquilo y modesto.

El grandioso plan de Sasha consistía en acudir primero todos, a las diez de la mañana, al registro civil donde él se iba a casar con Dasha, interviniendo como testigos Nastia y Alexéi; después los cuatro se subirían al coche y se marcharían al otro registro, donde celebrarían su boda Nastia y Liosha, con Dasha y él como testigos. Acto seguido, irían todos juntos al restaurante, donde estarían ya esperando las cuatro parejas de padres, y comerían discretamente.

—¿Tú crees que merece la pena? —Nastia, que bajo ningún concepto quería convertir su boda en un acontecimiento planetario, tenía

serias dudas—. No creo que nuestro padre vaya a sentirse cómodo en presencia de sus dos esposas, la antigua y la actual.

—Ay, Nastia, déjate de historias. Han pasado tantos años que eso ya no puede incomodar a nadie. Y, en cambio, estoy seguro de que eso es lo que hay que hacer. Has hecho tanto por Dasha y por mí que no puedo dejar de asistir a tu boda y no quiero celebrar la mía sin ti.

—Pero si es que no hacía falta celebrarlas el mismo día —dijo Nastia con rabia—. Tú mismo creas las dificultades, y luego, con celo heroico, todos tenemos que vencerlas. ¿Qué tendría de malo que nos casáramos con una semana de diferencia?

—¿Y la fiesta? —replicó su hermano con indignación—. Se trata, precisamente, de hacerla el mismo día. ¡Es una historia preciosa! Así después podremos celebrar juntos los aniversarios. Nastia, tú sigues anclada en la mentalidad soviética, no te haces una idea de la clase de fiestas que se pueden celebrar hoy en día. Por supuesto, este año ya no vamos a ir a ninguna parte después de la boda, Dasha va a dar a luz dentro de dos meses, pero el año que viene podemos celebrar nuestro primer aniversario, por ejemplo, en Madrid. El segundo aniversario, en Viena. El tercero, en París. Viajaremos los cuatro juntos, y lo convertiremos en una tradición, una bonita tradición que habrá que conservar y mantener. Y todo el mundo se va a quedar sorprendido, suspirando y sacudiendo la cabeza con admiración, porque nadie disfruta nunca de una fiesta tan maravillosa: hermano y hermana, con sus respectivos cónyuges, celebrando juntos sus aniversarios de boda.

—Por favor, Sasha, ajusta tus propósitos a mi situación material —le respondió Nastia con irritación—. Yo no voy a viajar ni a Madrid, ni a Viena, ni a París, nunca tendré dinero para eso. Tus aires de millonario me sacan de quicio.

—¡Vete al diablo! —respondió entre carcajadas Alexandr Kamenski, que estaba tan cegado por el amor que no permitía que nadie ensombreciera el mundo perfecto que había creado—. Tú eres mi hermana, y yo pienso llevarte por todo el mundo con mi dinero.

Al final se había salido con la suya, y aquel sábado tocaba celebrar las dos bodas a la vez. El regalo para Dasha lo tenía comprado Nastia hacía mucho, pero había dejado para más adelante la compra del regalo para su hermano. En consecuencia, no tenía más remedio que ocuparse de ese asunto aquella misma noche.

En la plaza de Pushkin cogió el trolebús hasta Arbat. Creía haber

visto allí, en un kiosco, un lujoso juego de escritorio, estupendo para un hombre de negocios. Fue pasando despacio de kiosco en kiosco, venciendo a duras penas la tentación de comprar un gran tarro de bolitas de queso. De repente, Nastia se fijó en un coche que le resultaba familiar. Un segundo después recordó a quién pertenecía el vehículo, pero hubo algo que llamó su atención de forma desagradable. Se concentró y volvió a mirar por la ventanilla el interior del coche. Allí, en el asiento de atrás, había un abrigo escarlata, de piel de cabritilla, con apliques negros. Se acordaba muy bien de ese abrigo, no se ven muchos como ése en Moscú.

Nastia inspeccionó despacio la calle y vio un pequeño café abierto. El propietario del automóvil y la dueña de aquel abrigo caro y extravagante estaban sentados en una mesa, de espaldas a ella, manteniendo una animada charla. Realmente, no había allí nada de la incumbencia de Nastia, pero...

Se acercó lentamente al mostrador, cogió una taza de café y un pastelillo y se sentó en la mesa de al lado, procurando elegir un sitio donde no llamara la atención de la pareja, pero desde donde pudiera oír bien su conversación.

—... mucho calor. Unos amigos estuvieron allí en julio, y dicen que uno se puede morir si no está acostumbrado. Hay que ir un poco más tarde, en septiembre. —A Nastia le llegó la vocecilla algo caprichosa de la chica.

—Pero si tú y yo viajamos el año pasado en julio —objetó su acompañante—. Yo diría que era en la mejor época. Tú ni siquiera te quemaste.

—¡No es lo mismo! —refunfuñó desdeñosa la chica—. Nosotros estuvimos en la Costa Brava, el clima de allí es muy distinto. Pero en Turquía en julio nos podemos volver locos.

—He oído que hay un sitio en Turquía, muy poco explotado, que resulta muy agradable incluso en julio —insistió el hombre, que no se daba por vencido—. Pinos, arena, aire fresco...

—Y ¿qué sitio es ése? —preguntó su amiga, escéptica.

—Esto... cómo era... Vaya, se me ha olvidado el nombre.

—Se llama Kemer —dijo Nastia en voz alta, sin volver la cabeza hacia ellos.

—¡Justamente, Kemer! —confirmó la voz masculina con satisfacción.



—Por cierto, no es de buena educación escuchar a hurtadillas —dijo la muchacha en tono desafiante—. Ni tampoco entrometerse en las conversaciones ajenas.

Nastia, cautelosamente, dejó la taza en la mesa y se volvió hacia la pareja. En un primer momento ellos no la reconocieron. Después el tipo palideció ostensiblemente; en cambio, la joven se puso colorada.

—Yo en su lugar no me preocuparía por la reglas de urbanidad —comentó Nastia con tranquilidad—. Lo que ustedes hicieron está contemplado en el artículo del código penal relativo al falso testimonio.

—¡No tiene usted ninguna prueba! —estalló la muchacha—. Eso es no cierto.

—¿Qué es lo que no es cierto? ¿Que ustedes se fueron juntos de vacaciones el año pasado? ¿Que son buenos amigos desde hace tiempo?

—Bueno, ¿y qué? —La chica no daba su brazo a torcer—. ¿Qué tiene de malo que seamos amigos?

—Nada. —Nastia soltó un suspiro—. Sólo que la coartada de su amigo resultaba muy convincente precisamente porque usted, una persona desconocida para él, le había identificado sin vacilar como el hombre que se había encontrado con usted por la calle mientras en la otra punta de la ciudad se estaba cometiendo un delito. Pero, si resulta que ustedes ya se conocían, la impresión es muy distinta.

—Qué más da, el caso ya está cerrado —terció por fin el hombre.

—Igual que lo han cerrado, pueden abrirlo. —Nastia se encogió de hombros—. Es lo que tienen estas cosas.

Estaba claro que la pareja no se esperaba semejante giro. Evidentemente, estaban convencidos de que, cuando se cerraba una causa penal, se cerraba ya para siempre. Seguramente nadie les había explicado que los casos correspondientes a los delitos pendientes de resolver tardan años en cerrarse. Sencillamente, quedan en suspenso, pero en cualquier momento el proceso puede ser reanudado.

Nastia apuró su café y se levantó.

—El lunes informaré al juez de instrucción sobre este apasionante encuentro, y que él decida. No hay que descartar que tenga usted suerte, y que él no haga mucho caso de mi información. En cualquier caso, queda usted advertido.

La pareja la siguió con la vista, sin decir nada. La conversación le

dejó un poso amargo a Nastia. Tenía muy vivo el recuerdo de aquella joven golpeada y violada que había vacilado durante la identificación, porque, debido al susto y al dolor, se le había olvidado la cara del delincuente. En cambio, esa zorra, que todos los años iba de vacaciones a sitios de moda, había declarado con firmeza que había visto a aquel hombre en otra parte. Había dicho que lo recordaba bien, porque ese tipo de hombre es el que más le gusta a ella. Y la muy desgraciada no mentía, vaya si le gustaba.

Cuando por fin le compró el regalo a su hermano, buscó una cabina y llamó al juez de instrucción.

—Konstantín Mijáilovich, perdone que le llame a casa, pero mañana voy a tener un día ajetreado. Y a partir del lunes estoy de permiso.

—No pasa nada. Cuéntame.

—Acabo de saber que la coartada de Artiujin era falsa. La muchacha que le identificó como el hombre que le había preguntado una dirección es en realidad una buena amiga suya.

—¡Vaya! —A Konstantín Mijáilovich se le escapó un silbido—. ¿Así que nos la han jugado pero bien?

—Así es. Les he dejado tranquilos hasta el lunes.

—Bien, Nastia, comprendido. Mañana empiezo con las comprobaciones. Dime exactamente de qué.

—El año pasado, en julio, estuvieron juntos de vacaciones en España, en la Costa Brava. Por tanto, se conocen desde hace un año, por lo menos.

—Menudos sinvergüenzas. Un momento —cayó en la cuenta—, mañana es tu boda, ¿no? ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Entonces qué estás haciendo...

—Pero es que la boda es mañana, no hoy. Aún estoy de servicio.

—Kámenskaya, ¿no te han dicho nunca que estás chiflada?

—Me lo dicen a menudo. Usted hace el número ciento diecinueve.

—Gracias a Dios que en el mundo, aparte de mí, hay ciento dieciocho personas normales. ¿Y tu futuro marido está también dentro de este número?

—No —bromeó Nastia—, él está aún más loco que yo. Cuando tiene un día libre y viene a verme, siempre se trae consigo sus papeles y trata de escribir algo.

—Bueno, sois tal para cual. Que te vaya bien. Ya me encargo yo de apretarle las clavijas a Artuijin. Tú cástate y no te preocupes por nada.

## 2

Regresó a casa pasadas las once. Chistiakov estaba sentado en la cocina haciendo un solitario. La celebración del día siguiente, al igual que a Nastia, no le turbaba en absoluto. Tal vez, porque llevaba demasiado tiempo esperándolo y, después de tantos años, se había desinflado.

—Liosha, ¿estás enfadado? —preguntó tímidamente Nastia al traspasar el umbral—. Perdóname, cariño, había tanto trabajo acumulado, ni siquiera he ido a recoger a mi madre. Y encima tenía que comprarle el regalo a Sasha...

—¿Y es que no podías avisarme? —respondió Chistiakov enfadado—. Ya es de noche, y tú por ahí. ¿Has comido? ¿Te preparo algo?

—No. Quiero decir, que no he comido —precisó—. Prepárame algo.

Mirando cómo Nastia devoraba la ensalada, Liosha se tranquilizó. Estaba sana y salva: suficiente. En cualquier caso, no iba a cambiarla. Ciertamente, tampoco lo pretendía.

## 3

Elia Bartos se desabrochó el cierre y se quitó del cuello el enésimo adorno que se probaba.

—Este tampoco sirve —dijo con un suspiro—. Resulta demasiado vistoso y distrae la atención del vestido. ¿Qué más nos queda?

—Cálmate de una vez —respondió Tamila, exasperada—. Te preparas como si éste fuera el único acontecimiento de tu vida y ya no hubiera más. ¿Sabes lo que solía decir tu tío, el catedrático Berekashvili? Decía que en nuestra vida hay un único acontecimiento que jamás se repite: la defensa de la tesis doctoral. Una persona puede escribir y defender hasta cinco tesis, si hace falta, pero sólo una de ellas, la primera, es la tesis doctoral. Todas las demás las redacta ya como doctor, aunque sean de especialidades completamente distintas. Una mujer puede ca-

sarse decenas de veces mientras el cuerpo aguante. Por eso, no vale la pena que te tomes lo de mañana como algo demasiado serio y definitivo. Párate a pensarlo: iréis al registro civil, después viviréis juntos, os acostaréis, aplacaréis las ansias juveniles, luego estarás harta de todo eso e irás corriendo a divorciarte.

Elia agachó la cabeza y se sentó apesadumbrada en una silla, sin darse cuenta de que se estaba chafando el vestido de novia. Las lágrimas empezaron a correr en silencio por sus mejillas, se sorbió los mocos y se enjugó la cara con la palma de la mano.

—Bueno, ya empieza —dijo Tamila con frialdad, mientras guardaba con cuidado en el joyero los valiosos adornos que estaban desparramados por la mesa—. Estás tan nerviosa, querida mía, que no se te puede decir nada. Domínate, si no, no va a haber quien te trate. No entiendes una broma, te ofendes por cualquier tontería y enseguida te echas a llorar. ¡Qué carácter más odioso el tuyo!

No había acabado la frase su madre cuando Elia se fue corriendo a su habitación. La madre nunca ocultaba su disgusto por el prometido que había elegido su hija. Tamila, hija de un orgulloso e independiente científico georgiano y de una conocida escritora del noble linaje de los Bérsenev, se había casado en su día con el húngaro István Bartos, hijo de un diplomático acreditado en Moscú. Las relaciones oficiales en el extranjero, por parte del marido, en combinación con las joyas familiares del linaje de los Bérsenev, le habían permitido a Tamila Bartos llevar una vida bastante placentera y cómoda, brillando en recepciones oficiales y comidas de negocios y acompañando a su marido en sus viajes. Al principio, con el pretexto de visitar a parientes que vivían en el extranjero, más adelante, por asuntos de negocios completamente legales. Deslumbrante, desinhibida, con un rostro de rasgos marcados, con nariz aguileña y espesos rizos negros, casi azulados, pecho turgente y caderas exuberantes, Tamila era siempre el centro de atención y a sus cuarenta y cinco años no le faltaban admiradores. No se daba cuenta de que muchos de éstos se veían atraídos no tanto por sus cualidades como por las relaciones y la riqueza de István. Dado que había sido criada en el seno de una familia de la élite intelectual, que hablaba con fluidez el alemán y el húngaro, y que desde pequeña había estado acostumbrada a la abundancia, al amor y a la atención general, siempre había considerado su propio encanto como algo inquestionable e innato.

Evidentemente, tenía una idea muy precisa de cómo habría de ser su futuro yerno, y no encajaba en absoluto con la imagen de un conienzudo estudiante de doctorado, un empollón que vivía con su madre. Alguien que no tenía donde caerse muerto, a quien no aguardaba un brillante porvenir. Desde luego, Pista (Tamila, enfatizando la procedencia de su esposo, hasta el diminutivo familiar lo empleaba según las normas del húngaro) siempre podría labrarle al muchacho un porvenir, meterle en el negocio y, más adelante, tal vez, hacerle socio. Pero ¿valía la pena? Aquel estudiante no parecía en absoluto una pepita de oro, y trabajarlo significaba perder tiempo y dinero. Era un simplón de lo más vulgar, sin aptitudes para los negocios, ni inclinación hacia la actividad financiera, ni habilidad ni energía. Tras observarle detenidamente, Tamila llegó a la conclusión de que todo estribaba en su increíble atractivo sexual, al cual, por supuesto, su joven y boba hijita no podía resistirse. El muchacho era tan sexy que hasta Tamila, una mujer con mucho mundo, se daba cuenta de ello. «Cuando intervienen unos mecanismos naturales tan poderosos, cualquier obstáculo sólo sirve para reforzar la atracción —juzgó la madre sabiamente—. Por tanto, tratar de disuadir a la muchacha y suspender la boda carecía de sentido, con eso sólo se podía causar un gran perjuicio. No importa, que se casen —pensaba cínicamente Tamila—, que se harten a follar hasta desfallecer y que le cojan asco, y después ya se les podrá divorciar discretamente. Sólo hay que quitarle de la cabeza a la niña la tontería esa de que un marido es un regalo del cielo que dura para siempre, en la pobreza y la riqueza, en el dolor y la alegría, en la enfermedad y la salud, hasta que la muerte nos separe... y esa clase de cosas. Que Elena, desde ya, desde la víspera de su boda, comprenda que el acontecimiento de mañana es algo completamente ordinario, que no es nada excepcional, y que acontecimientos como ese habrá en su vida, si Dios quiere, muchos más.»

Elia salió de su habitación con los ojos rojos y la cara hinchada. Ya no vestía el lujoso traje blanco, sino unos *leggings* tornasolados de color verde esmeralda y un blusón de flores grises y verdes, que le llegaba casi hasta las rodillas. Llevaba su espeso cabello moreno recogido, sujeto con un horquilla que dejaba al descubierto, de un modo enternecedor, el cuello fino y delicado. Sus carnosos labios, bellamente perfilados, estaban pintados con carmín oscuro.

—Voy a casa de Katia —avisó en tono desafiante a su madre, es-

perando que a continuación estallara una bronca. Ya eran las ocho de la noche y debería acostarse cuanto antes para tener buen aspecto al día siguiente. Tenía que levantarse muy temprano: a las cinco estaría allí Natasha para hacerle el peinado, a las ocho llegaría Galia con los accesorios de maquillaje, después aparecería la manicura, y a las nueve y media habría que coger el coche para ir al registro. El registro civil abre a las diez y Tamila había conseguido que les asignaran justo el primer turno. Su hija no iba a estar esperando con todas las demás.

—Ve —dijo impasible su madre, encogiéndose de hombros—. Te vas a acostar otra vez tarde y mañana vas a parecer un arenque marinado. Pero a mí me da igual, tú eres la que se casa, es tu boda, no la mía.

Elia salió de casa como un rayo, dando un portazo, para no echarse a llorar de nuevo. A veces odiaba a muerte a su madre. Y en los últimos meses este «a veces» era tan frecuente que podría perfectamente remplazarse por «casi siempre».

Katia, su mejor amiga, vivía en el portal de al lado. En otros tiempos las dos habían ido a la misma clase; más tarde se presentaron juntas a los exámenes de acceso a la universidad, Katia con brillantes resultados, Elia con suspenso en la segunda convocatoria. Ahora Katia estaba ya en tercero, mientras Elia seguía perdiendo el tiempo, salía regularmente al extranjero, lo mismo con sus padres que en viajes organizados, y fingía que estudiaba historia de la cinematografía. Tamila, que jamás había trabajado, encontraba de lo más normal el estilo de vida de su hija: sólo hacía falta encontrarle el marido adecuado que le permitiera sostener ese tren de vida.

Katia se sorprendió mucho al ver a su amiga.

—¿Elia? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada. He venido a charlar.

—¿En la víspera de tu boda? —preguntó Katia con incredulidad—. ¿Ya lo tienes todo preparado?

—Si te molesto me voy —se encendió Katia—. ¿Llego en un mal momento?

—Qué va, pasa —Katia la tranquilizó—. Sencillamente, me ha chocado verte. Lo normal es que la víspera de la boda la novia esté liada con un montón de cosas: gestiones, coches, invitados, la comida y todo eso. Y que luego, hasta muy avanzada la noche, esté con su

prometido en un rincón oscuro, pensando en cómo, al día siguiente, a la misma hora, van a estar haciendo exactamente lo mismo, sólo que de forma legítima.

—Yo no sé cómo se comportan normalmente las novias —dijo Elia enojada—. Tú eres mi única amiga, y aún no te has casado.

—Bueno, en los tres años que llevo en la universidad casi la mitad de las chicas de mi clase se han casado precipitadamente —la amiga se echó a reír—, por eso he visto tantas novias. ¿Quieres té?

—Comería algo —confesó turbada la novia.

Katia la observó detenidamente.

—Elena, déjate de rodeos. Acabas de salir de tu casa, vienes recién maquillada y llevas zapatillas de andar por casa, no zapatos.

—¿Y qué?

—Entonces, ¿cómo es que tienes hambre? ¿Es que tu madre no te da de comer? ¿O es que has vuelto a discutir con ella y has huido de mala manera, sin cambiarte siquiera de calzado?

A Elia empezaron a temblarle los labios, y al cabo de un segundo ya estaba sollozando en el hombro de su amiga.

—¿Por qué no le quiere mamá? ¿Qué mal le ha hecho él?

—Elia, querida, ¿por qué tendría que quererlo ella? Dime. Eres tú quien tiene que querer a tu Valera, y tú sí que le quieres. No pretendas que los gustos de tu madre coincidan con los tuyos.

Mientras le acariciaba la cabeza a su compungida amiga, Katia no podía dejar de pensar en que tal vez sus argumentos le resultaran algo complejos a Elena, muy buena chica pero bastante limitada. Con un dolor incesante, se preguntaba una y otra vez qué habría encontrado en esa bobalicona un joven tan brillante como Valeri Turbin, un sabio en ciernes. Él estaba preparando su doctorado en el Departamento de Filosofía, y Katia le había conocido cuando le tocó impartir clases prácticas a su grupo durante un semestre. Turbin no tardó en distinguir a aquella extraordinaria estudiante entre la masa de estudiantes de tercer curso: sólo con ella podía hablar en el mismo idioma en el que estaba acostumbrado a comunicarse con los catedráticos y los demás profesores. El mutuo interés pronto se reforzó con una mutua simpatía, que poco a poco se convirtió en atracción, y quién sabe cómo habría acabado todo si la ociosa de Elia no hubiera decidido acompañar a la facultad a su amiga para apoyarla mientras hacía un examen de psicología social. Dentro del aula Katia

se enfrentaba a las preguntas del examen en compañía del profesor, mientras Elena, en el pasillo, apoyada en el antepecho de una ventana, sufría por ella en compañía del joven doctorando, que casualmente pasaba por allí. Cuando salió del examen, a Katia le bastó una ojeada para comprender lo que había sucedido. Elia y Turbin, sin embargo, atribuyeron su súbita palidez al estrés y la tensión debidos al examen.

Katia se resignó enseguida, no era de carácter combativo y no intentó, en consecuencia, pelear con Elia para ver quién se quedaba con Turbin. La herida no había cicatrizado todavía, pero Katia no había elegido por casualidad los estudios de filosofía, sociología y psicología. Se dedicaba a algo que entendía bien, algo que le resultaba cercano, comprensible e interesante. Y fue capaz de mantener separados dentro de su alma, en apartados distintos, el amor hacia Valeri Turbin y la amistad con Elia Bartos, compañera de colegio y vecina. En el fondo de su corazón hasta sentía algo de lástima por su amiga: no tenía amistades, ni ocupaciones, ni intereses. Con semejante vida, una historia romántica se convierte en el centro de la existencia, de los pensamientos, de los sentimientos, y todo lo que la amenaza se percibe como una catástrofe o, al menos, como una tragedia. «En mi vida, si Dios quiere —pensaba Katia—, habrá otros hombres interesantes e inteligentes, pero ¿dónde los iba a encontrar Elia? No va a ningún sitio, ni suele relacionarse con nadie. Es verdad que viaja al extranjero, pero en esos viajes organizados participan sobre todo mujeres y, cuando hay algún hombre, casi siempre va con su mujer o con su hijo. Los solteros ricos no realizan ese tipo de viajes. Elia tampoco puede conocer a un hombre en la calle: desde la infancia le han inculcado, con todo rigor, que esas cosas no se pueden hacer. Por supuesto, a Elia le encantaría hacer caso omiso de las prohibiciones paternas, pero es muy consciente de que, dada la posición de su padre, ningún miembro de la familia tiene derecho a correr riesgos entablando relaciones fortuitas. De hacerlo, uno igual se llevaba a casa a su propio asesino o a un saqueador...»

Elia por fin se tranquilizó, y las muchachas estuvieron parlotando hasta casi las once. Cuando regresó a casa, sacó del buzón de correos unas revistas y un pequeño sobre blanco. No ponía nada en el sobre, y estuvo algunos segundos dándole vueltas en las manos, cavilando si debía abrirlo o entregárselo a sus padres. La venció la curiosidad,



así que rasgó el borde y extrajo una hojita de papel doblada en cuatro. En ella, con grandes letras de imprenta, estaba escrito: «No lo hagas. Lo lamentarás».

